

VIDA DE MIGUEL MAGONE “El pandillero de Dios”

Niña Lectora: Que interesante me encontré este libro. ¡Es la vida de un santo –

Miguel Magone, escrita por Don Bosco. Ay que genial, empezaré a leérmelo ahora mismo.

Niña Lectora: Una tarde del otoño turinés de 1857 Don Bosco se encontró con Miguel en la estación de trenes de Carmagnola, donde, junto con un grupo de muchachos, pasaba el rato jugando, gritando y molestando.

Don Bosco: - ¿Qué quieres hacer en el futuro?

Miguel Magone: - Es necesario que haga algo, pero no sé qué.

Niña Lectora: Esta franqueza de expresión, unida a una expresión ordenada y sensata, me hizo entrever un gran peligro para aquel jovencito en el caso de que se le dejase abandonado de esa manera.

Por otra parte, me parecía que, si aquel impulso y aquel temperamento emprendedor eran cultivadas, podría tener un buen resultado. Por tanto, reanudé el diálogo así:

Don Bosco: Querido Magone, ¿deseas abandonar esta vida de vago y ponerte a aprender un arte u oficio o a continuar los estudios?

Miguel Magone: - Sí, lo deseo – respondió conmovido –; no me gusta nada ésta condenada vida.

Algunos compañeros míos están ya en la cárcel; temo que me suceda algo parecido. Pero, ¿qué debo hacer? Mi padre ha muerto; mi madre es pobre. ¿Quién me ayudará?

Don Bosco: Esta noche reza una oración fervorosa a nuestro Padre celestial; reza de corazón; espera en Él. Él cuidará de mí, de ti y de todos.

Niña Lectora: En aquel momento la campana de la estación daba el último toque y yo tenía que partir sin demora. Le dije:

Don Bosco: Toma esta medalla. Mañana te presentas al vicario de la parroquia, don Arricio. Dile que el sacerdote que te la regaló desea informes sobre tu conducta.

Niña Lectora: Miguel llevaba un mes en el Oratorio y usaba cualquier ocupación como medio para pasar bien el tiempo.

Era feliz con tal de tener un campo para saltar y mostrar su alegría, sin reflexionar que la verdadera alegría debe partir de la paz del corazón y de la tranquilidad de la conciencia. “Tengo un embrollo...” Miguel llevaba un mes en el Oratorio y usaba cualquier ocupación como medio para pasar bien el tiempo. De repente comenzó a perder su ansiedad por la diversión. Aparecía algo pensativo, ya no participaba en los juegos si no le invitaban.

Se le designó un compañero para que lo vigilara y corrigiera en caso de que sea necesario. Este compañero que le hacía de Ángel de la Guarda se dio cuenta y, aprovechando la ocasión, un día le habló así:

Compañero: - Querido Miguel, desde hace algunos días no veo en tu cara la alegría de siempre. ¿Estás enfermo? - No, de salud estoy muy bien. - Entonces, ¿de dónde viene esa melancolía?

Miguel Magone: - La razón es fácil de comprender. Mis compañeros, que ya son buenos, rezan y celebran y se hacen mejores todavía; y yo, que soy un pillo, no puedo tomar parte, y esto me causa mucho remordimiento e intranquilidad. - No comprendo cómo la devoción de los demás pueda causarte tristeza

Compañero: ¡Pareces un niño chico! Si te produce envidia la felicidad de los compañeros, ¿quién te impide -seguir su ejemplo? Si tienes remordimientos de conciencia, ¿no puedes sacártelos de encima?

Miguel Magone : Quitármelos... quitármelos! Es fácil decirlo. Pero si tú estuvieras en mi pellejo no sé qué dirías... Dicho esto, moviendo la cabeza en señal de rabia y de conmoción, huyó a la sacristía.

Niña lectora: El amigo le siguió. Cuando lo alcanzó, le dijo:

Compañero: - Querido Miguel, ¿por qué huyes? Cuéntame tus penas. Tal vez pueda sugerirte el modo de aliviarlas

Miguel Magone: Tienes razón. Pero es que estoy con un embrollo muy grande.

Compañero: - Por grande que sea, existe el modo para desenredarlo.

Miguel Magone: - ¿Cómo podré encontrar la paz si me parece que tengo mil demonios en el cuerpo?

Compañero: No te apures. Puedes ir a confesarte. Ábrele tu conciencia; él te dará los consejos que sean necesarios. Cuando nosotros nos encontramos en apuros, hacemos siempre así, y por eso estamos siempre alegres

Miguel Magone: -Eso está bien; pero... pero...(Y se puso a llorar).

Niña lectora: Pasaron algunos días y la melancolía se transformó en tristeza. Divertirse le costaba mucho. La sonrisa no aparecía en sus labios. Mientras los compañeros se dedicaban en cuerpo y alma al recreo, él se iba a un rincón a pensar, a reflexionar y a veces a llorar.

Yo estaba al tanto de cuanto le sucedía. Por eso un día le mandé llamar y le hablé así:

Don Bosco: - Querido Miguel, necesitaría que me hicieras un favor, pero no querría un rechazo.

Miguel Magone: - Diga, diga – respondió entusiasmado –, estoy dispuesto a hacer lo que me mande.

Don Bosco: Necesitaría que por un momento me dejases ser dueño de tu corazón y me dijeras la razón de tu tristeza.

Miguel Magone: - Sí, es verdad lo que me dice, pero... Estoy desesperado y no sé cómo hacer.

Niña lectora: Después que dijo estas palabras, se puso a llorar. Dejó que se desahogara un momento. Luego, bromeando, le dije:

Don Bosco ¡ Pero cómo! ¿Tú eres aquel general Miguel Magone, jefe de toda la banda de Carmagnola? ¿Qué jefe eres? Ya ni siquiera eres capaz de expresar con palabras lo que te duele en el alma.

Miguel Magone Quisiera hacerlo, pero no sé por dónde empezar; no sé expresarme.

Don Bosco - Dime una sola palabra; el resto lo diré yo.

Miguel Magone - Tengo la conciencia embrollada.

Don Bosco -Esto me basta; he comprendido todo. Necesitaba que tú dijeras esa palabra para que yo pudiera decirte el resto.

Niña lectora: Magone pasó aquel día preparando su examen de conciencia. Pero deseaba tanto ajustar las cuentas del alma, que por la noche no quiso acostarse sin confesarse antes. Así, pues, se confesó con gran emoción y varias veces tuvo que interrumpirse para llorar. Cuando terminó, dijo:

Miguel Magone: ¿Le parece que todos mis pecados han sido perdonados?

Don Bosco - Vete tranquilo – le dije. El Señor, que en su gran misericordia te esperó hasta ahora para darte tiempo, te ha perdonado todos tus pecados.

Miguel Magone – (El respondió muy emocionado) ¡Qué feliz que soy!

Niña Lectora: Fue tanto el bien que sentía luego del recibir el sacramento de la Reconciliación que lo hacía cada 3 semanas pero esperaba y dejaba que sus compañeros pasaran primero, en ocasiones por horas, y de rodillas examinando los errores de su vida pasaba para no volver a cometerlos.

Miguel Magone siempre se encomendaba a Dios y a María para iniciar sus labores, Ayudaba a sus compañeros, cuidaba a los enfermos, arreglaba sus camas y los guiaba en los deberes que debían presentar, inculcaba que los demás niños fueran a la iglesia a frecuentar los sacramentos.

Una tarde del 19 de enero de 1859 empezó a sentir malestar y problemas de salud, pero él decía que esto era debido a las lombrices que él tenía de pequeño.

Don Bosco ¿Qué es lo que más te alegra en estos momentos? -

Miguel Magone El poco bien que pude hacer por María Santísima

Niña lectora: Recibió la Sagrada Comunión y luego la Unción de los Enfermos. Mientras le ungían los pies decía:

Miguel Magone “perdona Señor todos mis malos pasos” Mientras le ungían la boca: “perdona Señor todas las veces que te ofendí con mis palabras...”

Don Bosco ¿Quieres que le diga algo a tus compañeros?

Miguel Magone ¡Que se confiesen bien y a menudo y que los espero a todos en el Cielo! –

Niña Lectora: Dijo Miguel El día 21 de enero a las 11 pm a la edad de 13 años 4 meses a los 2 días falleció.

Personajes: Niña lectora, Miguel Magoni, compañero, Don Bosco, amigos de juego.